

cion general que pudo llamarse revolucion.
 Despues de aquel dia los negociantes oficiales sa-
 sisfechos de sus ganancias, Manuel Gonzalez ago-
 biado por su indefinida depreciación personal, pro-
 ducto de la indefinida depreciacion de la moneda,
 resolvieron retirarla del comercio entregándose en
 brazos de un postrer especulador llamado Llamedo,
 á quien, por recoger semanariamente 30,000 pesos
 en moneda envilecida se le pagaron 20,000 pesos
 semanarios sacados de las Aduanas. ¡Digna muer-
 te por explotación de un negocio que nació y vivió
 de explotaciones

CAPITULO VII.

EL POSTRER AÑO DE UN PRESIDENTE

I.

Cómo empieza un año triste.

Tan tristemente se cerró aquel año de 1883 cu-
 yo fin contribuyeron á hacer más triste prisiones
 decretadas autoritariamente por Manuel Gonzalez
 y llevadas á cabo en jefes liberales por él considera-
 dos como simpatizadores más ó menos activos del
 movimiento de reprobacion que se iba determinan-
 do más y más en la opinion pública contra su tor-
 tuosa marcha política. Los generales Vicente Ri-
 va Palacio, Tiburcio Montiel, Aureliano Rivera,
 Cosío Pontones y algun otro, fueron los llamados
 y los escogidos como víctimas de la indignacion
 presidencial causada por el motin del 21 de Di-
 ciembre. Se tomó por razon plausible un artículo

de la Ordenanza militar que prescribe á los generales en cuartel la obligacion de presentarse personalmente ú ofrecer sus servicios al jefe de las armas del lugar donde residieren, en caso de alarma; y bajo la especie de que los mencionados habian faltado á esa obligacion el dia del motin, se les encerró en la prision militar de Santiago Tlaltelolco. Destarlatado caseron, viejo ex-convento levantado al Noroeste de la ciudad en árida planicie del Valle, aquel edificio ofreció á Manuel Gonzalez, en sus sombrías celdillas, lo que faltaba á su gobierno para llevar el sello odioso de la tiranía: la masmorra utilizada en castigo y terror de la libertad de la palabra y del pensamiento. Riva Palacio porque habló contra el gobierno en la Cámara, Tiburcio Montiel porque hizo lo mismo en la tribuna de los jurados populares, Aureliano Rivera y Cosío Pontones porque lo hicieron en calles y cafés de la ciudad y algunos más porque se descubrió que pensaban pronunciarse: fueron todos ellos la *carne de calabozo* con que, en mayor ó menor cantidad, necesitan alimentarse todos los déspotas de la tierra....

Pero aún más triste llegó el nuevo año de '84

coincidiendo sus principios con plagas, crisis, hechos que afectaron hondamente la realidad de la vida ó siquiera el sentimiento y la imaginacion del pueblo.... Suspendióse el pago de las quinceñas de los empleados, efecto de la crisis administrativa y causa de la comercial que ya se han apuntado; el *tifo*, epidemia favorecida por la atmósfera palúdica de México, empezó á hacer su terrible cosecha en los hacinamientos humanos de las casas de vecindad; y hombres importantes que representaban un principio ó un resto de virtud cívica se alejaron, unos de la escena política, otros de la faz de la tierra. Ignacio Mariscal, jefe del Ministerio, cansado de prestar su honorabilidad á la direccion nominal de una política sin honra y Jesus Fuentes Muñiz, *honradez pasiva*, pero honradez al fin, abrumado por la infelicidad de su papel de sustentador y responsable de entuertos por él no cometidos, abandonaron sus puestos aprovechando motivos en relacion con ruidosa cuestion internacional y de deuda pública que luego se verá. Casi por el mismo tiempo, D. Ezequiel Montes, el venerable ex-ministro de Justicia, murió llevándose consigo una de las últimas y más puras represen-

taciones de las virtudes republicanas de 57. Y aun no estaban bien frias sus cenizas, cuando Ramon Guzman le siguió á la tumba.... El historiador no ha tenido espacio ni oportunidad para detallar, como se proponía, la obra emprendida y llevada á cabo por este hombre. Ella se relacionó con la transformación del país por el establecimiento de las vías férreas en calles y caminos. Para realizarla dirigiéndola á su propio enriquecimiento no reparó en medios: convirtió en instrumentos de sus intereses á magistrados, diputados, regidores y periodistas haciéndoles servir á la concesion ó aseguramiento de monopolios y privilegios en la explotación de determinadas empresas, y en este sentido la parte política de su obra fué perniciosa. Pero considerado Guzman en la participacion que tuvo en el ferrocarril Central que abrió el corazón del país á activas comunicaciones con Estados Unidos, representaba él un raro ejemplar de la nueva generación mexicana entrando á cooperar por sí misma al movimiento de renovacion que le venía de fuera.

Era esa línea del Ferrocarril Central, concluida y empezada á explotar en toda su longitud de 1970 kilómetros en el mes de Marzo de 84, era ella lo

único que en los principios de dicho año pudiera distraer la mirada del observador del general espectáculo de tristeza y miseria. Lo que no obstaba sin embargo, para que esa gran línea de ferrocarril hiciese la impresion de poderosa y palpitante arteria en cuerpo endeble y exánime.... Apenas si algunos raros viajeros, felices excepciones de la ruina comun transitaban por la nueva vía. Un pueblo en crisis de pobreza no viaja; se inmoviliza en villas y ciudades, como si á semejanza de Israel esperase para salir á que haya pasado el ángel de exterminio.... Así se inmovilizaba la capital de la República y así con su aspecto de inerte y lastimosa calma aparentaba ser víctima de las más terribles plagas. Despues que el tifo se hubo llevado en fúnebre convoy millares de apestados, despues que hombres ilustres ó útiles se alejaron de la vida pública ó fallecieron, despues que las quinientenas de empleados se dejaron de pagar produciéndose el hambre de la clase media y la ruina del Comercio; despues de todo eso, aun siguieron lloviendo plagas sobre tan atribulada sociedad: en los últimos dias del mes de Marzo se expidió una ley de adiciones al impuesto del Timbre gravando

sobremuera al comercio ya agobiado por la crisis reinante. Hizo esto que en el curso del siguiente mes de Abril el comercio cerrase sus puertas en son de protesta, y como si no bastasen tantas calamidades, á fines del mismo mes, quebró el Banco del Monte de Piedad, institucion disparatada en sus fundamentos puesto que era á la vez un Banco de emision y un Banco hipotecario, lo cual no podia ser, y no fué,—precipitado á prematura ruina por malas artes de Manuel Gonzalez que utilizó el numerario y las fincas del Banco para objetos ajenos á su instituto; si no para grangerias personales destinadas al fomento de su particular fortuna....

Los empleados sin sueldos, los dependientes de comercio y artesanos sin salario, las tiendas cerradas, la multitud con sus billetes sin valor ante la puerta tambien cerrada del Monte de Piedad y la epidemia haciendo estragos, ¿pueden darse más desgracias á un tiempo?—México pudo decir entonces como Jerusalem: ¡mirad si hay dolor como el dolor mio!.... Por los mismos dias dió el cielo en tener crepúsculos color de sangre; y á la rojiza luz de uno de esos crepúsculos, en la mañana del 16 de Febrero, tuvo lugar en el interior de la

prision de Belen una ejecucion que habia sido precedida de misterioso proceso..... La ejecucion se habia preparado contra un pobre hombre llamado Rosales, acusado de asesinato cometido en la persona de un letrado. La opinion pública en general, no solo la del nécio vulgo, señalaba á Rosales como mero instrumento de otro hombre rico, verdadero autor del asesinato. Se le habia visto á ésta entrar y salir en Palacio y estrechar cordialmente la mano del doctor criminalista del Gobierno del Distrito Ramon Fernandez, desplegando ante él y otros hombres el aparato corruptor de su riqueza.... El hecho fué que la capital se estremeció á la detonacion de la fusilería, y la aurora sangrienta del 16 de Febrero alumbró el cadáver de Rosales.... Pero el otro, el hombre rico, no cayó: siguió viviendo y triunfando, y México todo sintió como si, sobre el azote de las plagas naturales y sociales que le atormentaban, viesse venir el azote de otra gran plaga moral.

II.

Monografiemos.

Con esos preludios se inició el año de 84. Era el postrero del Gobierno de Manuel González, y como la serie de faustos é infaustos acontecimientos durante él iniciada y desarrollada, gira toda en torno de ese hombre, como su autoridad unitaria solo dividida con el grupo de sus favoritos era la fuente y el foco de donde salian y á donde convergían todas las manifestaciones, sobresaltos, desfallecimientos de la vida social de México en tan crítico período, conviene á esta narración histórica concentrar por un momento su atención en esa figura principal, observarla fijamente y ver en sus actos, en sus pasiones, en los detalles de su vida pública y privada causas cuyos efectos se advierten en la situación general del país.

III.

Lo que tenia.

Y ántes de todo, conviene recordar lo que sucedia en México la tarde del 16 de Setiembre de 1882. En un arrabal al Norte de la ciudad celebrábase una extraña ceremonia. Un cura de vulperino aspecto empuñando en la diestra una cuchara de albañil, se tenia de pié frente á un hoyo, una piedra, y un monton de argamasa, rodeado de los miembros del muy ilustre Ayuntamiento y de una multitud de observadores curiosos... luego el cura aquel pronunció algo que un periódico del día siguiente reprodujo bajo el título de *discurso* en estos términos:

“Sesenta y dos años hace que un sacerdote sexagenario (el cura Hidalgo) tomó con su trémula mano el estandarte de la Independencia y dijo: “Quiero la emancipacion de mi patria México.”—Otro sacerdote que ve esta aurora de bienandanza toma hoy lleno de contento el cuerno de la abundancia y con el exquisito licor que encierra vate la mezcla (argamasa) é invita á las dignas autoridades que rigen

los destinos de México (los regidores del Ayuntamiento) para que pongan la primera piedra de esta colonia que les dedica."

Tras de este discurso, el cura moviendo en su mano, no ya un cuerno de la abundancia lleno de exquisito licor, pues eso era pura metáfora del cura, sino la cuchara de albañil, se inclinó hacia el argamasa, tomó de ella un poco con la cuchara y la presentó al Presidente del Ayuntamiento. . . . Echa éste el argamasa al fondo del hoyo, impele la piedra hacia él, y con esto, según expresión del periódico narrador, se concluyó la ceremonia en medio del entusiasmo general.

Ahora bien: aquel cura era un padre Violante, acompañada espiritualmente con Manuel Gonzalez por razón de bautizo de hijos habidos naturalmente; aquella piedra impelida hacia el hoyo era la primera destinada á inaugurar la fundación de un nuevo barrio ó colonia de la ciudad. Ese nuevo barrio se apoyaría, á modo de pequeña dependencia, en otro gran barrio llamado Peralvillo, destinados ambos á formar el feudo particular de Manuel Gonzalez. Había, al efecto, comenzado á comprar solares, fincas, manzanas enteras de aquel ba-

rrío. Removió las espaldas de granito del vecino cerro del Peñon para hacerlas servir á la construcción de casas y palacios en los terrenos adquiridos, abrió y aderezó ancha avenida que pusiese en cómoda comunicación el barrio aquel con el centro de la ciudad, y el hombre tuvo sus dominios ó estados urbanos como un lord inglés. . . . Por mucho tiempo todavía, el curioso transeunte que pase por esa parte Norte de la ciudad de México, al ver habitaciones, palacios, alcancercías ó casas de vecindad, todas elegantemente construidas, las más con pulidos sillares, denunciando que para su construcción muchos miles de pesos se han derramado, cuando al ver todo eso pregunte á cualquier vecino por su dueño y señor, le contestará: "son las casas de D. Manuel. . . . Se había buscado un cura para que las consagrara, y el cura cumplió de la manera que se ha visto. . . . Manuel Gonzalez pedía á la Religión sus aguas lustrales y á los sacerdotes sus responsos para imprimir á sus adquisiciones cualquier sello venerable al pueblo. . . . La adquisición era su pasión dominante y con creciente fiebre la venía ejerciendo desde el segundo año de su Gobierno. . . . Un barrio entero de la capi-

tal de la República era poco para saciar pasión tan ferviente. Se dedicó á adquirir haciendas. . . . A favor de los buenos oficios de un juez de Morelia le fué adjudicada, á título de postor sobrepujante en remate convencional, una hacienda de Michoacan llamada "Laureles." Prestó á un su compadre doscientos mil pesos para que comprase una hacienda del Valle llamada "Chapingo," y como el compadre no llevaba trazas de pagar el préstamo, prefirió perder el compadre á perder el dinero, y se quedó con Chapingo, inmenso hacendon donde se construyó suntuosa morada propia para satisfacer los refinamientos y voluptuosidades de un señor oriental. . . . Luego, en el Estado de Hidalgo se hizo de "Santa María Tecajete," hacienda en que los magueyes de pulque se contaban por millones; y en Tamaulipas, donde ya poseía *terrenitos* los fué ensanchando de tal manera que amenazaba hacerse dueño de todo el territorio del Estado. . . . Sobre eso, millares de acciones en bancos y ferrocarriles, participaciones en las empresas de derroche del Ministerio de Fomento y *tanto-cuanto* en las contrata para la proveduría del Ejército. . . . El millon sobre el millon. . . . Millonario

en casas, millonario en tierras, millonario en dinero y en títulos. . . . Manuel Gonzalez se encontró millonario por los cuatro costados, al empezarse el triste año de 1884. Habiendo entrado á la presidencia sin fortuna considerable, era ya en aquel tiempo la suya una de las primeras, quizá la primera del país. . . . Así, la situación de su hacienda particular frente á la hacienda pública y el estado de la nación era la de la más grande opulencia frente á la más grande ruina y miseria. . . .

Lo que hacia.

Habíase dispuesto Manuel Gonzalez dentro de la capital de la República y fuera de ella, en sus haciendas de Chapingo y Santa María Tecajete, casas de habitacion provistas de todos los recursos que la industria extranjera y la nacional suministran al confortable y decorado de nuestra arquitectura doméstica. Eran ellas: dos casas en su barrio feudal de Peralvillo; una en la parte occiden-

dental de la ciudad llamada *La Colonia*, las dos casas de campo de sus mencionadas fincas rústicas y los tres departamentos de habitación presidencial del Palacio de Gobierno. Vagaba Manuel González de una en otra habitación con los caprichosos giros de abeja encantada en posarse sucesivamente en diversos cálices de flores; de tal suerte que no era posible determinar donde aquel hombre moraba. La multitud ociosa y empieomaniaca que se pasea todas las mañanas por el Zócalo ó la acera frontal y los corredores del Palacio, al verle atravesar en su coche á horas irregulares hácia el pié de la escalera de la Presidencia se preguntaba "¿de dónde viene hoy?"—y unos decían: "viene de Peralvillo;" otros: "viene de la Colonia;" y aún se cuchicheaban algunos nombres más, correspondientes á habitaciones secretas, puntos misteriosos reservados para ciertas noches tibias y sin luna, con embozados y tapadas. Pero el centro principal de la vida privada como de la pública de Manuel González era el Palacio Nacional. Los últimos presidentes que le precedieron en el puesto, habían tenido en el Palacio sólo dos lugares de habitación privada. Era uno

de ellos la pequeña casa conocida con el nombre de *casa presidencial* y situada en el ala Norte del Palacio con puerta á la calle de la Moneda, y era el otro un aposento contiguo á las salas de recepción, de despacho y de acuerdo del presidente, en el ángulo suroeste del edificio. Maximiliano de Austria había decorado suntuosamente con estatuas, lámparas, muebles, alfombras y tapices traídos expresamente de Europa, aquel aposento y las contiguas salas que los posteriores gobernantes republicanos han conservado y sabido aprovechar sin escrúpulo alguno por tan flamante reliquia, legado involuntario del pobre Emperador. Su imperial lema de "Equidad en la Justicia" recamado y esparcido á granel en el tapiz rojo de la sala de recepciones, las coronas, cetros, MM., esmaltadas ó esculpidas en muebles, candelabros, arañas de bronce dorado, esculturas, están acusando su antiguo origen que se confunde en el recuerdo del observador, quien quiera que sea, con ese algo venerable que dejan en sus huellas las figuras consagradas por histórica y trágica muerte. . . . Aquel aposento, con su lecho en el fondo, así circundado y revestido de los esplendores propios de régia ca-

para era solemne: no porque representase viva-
 mente á los ojos el lujo del austriaco, sino porque
 en su aspecto no habia nada en desacuerdo con las
 oficinas del Gobierno supremo, el departamento
 presidencial de que formaba parte. El lecho, sen-
 cillo, estrecho, cubierto por oscuras cortinas, era
 un lecho de reposo y nada más, puesto allí en pre-
 vision de las fatigas naturales del gobernante. El
 primer magistrado, resentido en su máquina orgá-
 nica de los trabajos del dia, de tanto discutir, de-
 liberar, recibir, ir y volver de aquí para allí, de la
 mesa del despacho al sillón de recepciones, de con-
 testar con la ceremonia á la ceremonia, de hablar
 tanto y de oír tanto, al prudente y al necio, pre-
 tensiones, quejas, solicitudes, sueños. . . fatigado de
 toda esa suma de esfuerzos, iria al lecho y estaria
 bien: entraba á una oficina de descanso, justo com-
 plemento de la del trabajo; seguia siendo el primer
 magistrado del país; el cortinaje lo cubria como un
 dosel; allí habia descansado el cuerpo del hombre
 que al caer acribillado en Querétaro redimió su
 crimen político; allí tambien habia dormido el gran
 Juárez. . . se podia dormir gloriosamente.
 Manuel Gonzalez pensó añadir á aquellas dos,

otra habitacion en el Palacio, con entrada por la
 espalda ó fachada posterior del edificio que da á
 estrecha calle, sombría y poco transitada durante
 la noche. Estaba casi toda esa parte ocupada por
 cuarteles, con puertas, el uno á la mitad de la es-
 palda y el otro en el costado Sur hacia la plaza
 del Volador. A través del segundo cuartel decidió
 Manuel Gonzalez abrirse paso, y al efecto abrió ó
 aprovechó cerca de la esquina sureste del edificio,
 puertecilla insignificante en directa comunicacion
 por estrecha escalera con el piso superior. Luego
 hizo tender un pasadizo por sobre el patio del cuar-
 tel, y á su término, en punto recóndito del Palacio
 fabricó su nueva habitacion. Quedó ésta situada
 junto á los restos del antiguo *jardin botánico* en
 cuyo centro se alza, en forma de kiosko; el *polvo-*
vin sombreado por gigantesco y célebre árbol lla-
 mado *de las manitas* á causa de la conformacion
 singular de sus flores que imitan en todo el tarso
 y los dedos de la mano humana. Este jardin, en-
 cajado entre altos paredones, solitario de continuo,
 sin relacion ninguna con el sistema de oficinas y
 movimiento de empleados del Palacio, fué elegido
 por Mnnuel Gonzalez como punto central interme-

diario para mutua comunicacion entre sus tres habitaciones. Existia ya en él una puerta que daba hácia el patio del fondo donde estuvieron las oficinas de amonedacion del níquel, y por ella, atravesando el patio, se podia ir del jardin á la *casita presidencial* de la calle de la Moneda. Otra puerta frente al *árbol de las manitas* daba á una escalera de caracol por la cual se ascendia al aposento de las salas presidenciales. La comunicacion estaba, pues, naturalmente establecida á través del jardin y el patio del fondo entre el aposento y la casa de la Moneda. Faltaba comunicar ambas con la nueva habitacion contigua al jardin, y al efecto, hizo Manuel Gonzalez construir una escalera del jardin á la nueva habitacion. Así comunicadas aquellas tres habitaciones, cada cual provista de particular salida á la calle, podia su señor moverse de una á otra por múltiples combinaciones de entradas y salidas. Podia, por ejemplo, entrar por el gran portón y escalera de honor del Palacio, llegar al aposento de las salas presidenciales, bajar al jardin por el caracol y dirigirse á la casa de la Moneda ó á su nueva habitacion, segun quisiese salir á la calle por el costado derecho ó la espalda

del Palacio; y podia á la inversa entrar por estos puntos para salir por el gran portón.

Feliz y satisfecho de haber podido así disponer por tantos flancos del vetusto edificio por él amado y explotado desde que fué su gobernador en tiempo de Juarez, y por él considerado despues como la prenda y el patrimonio natural de su poder, le amó más y más y se propuso utilizarlo como un centro de vida íntima. Al principio, en el primero y segundo año de su Gobierno no pasó ese propósito de surtir resultados inocentes. Alguna *ponchada* entre amigos, comilonas y charlas de sobremesa, veladas hasta 11 ó 12 de la noche al amor del tabaco y del café rociado de *cognac*. . . Si por acaso, en noches de pasion, estaba de vena el señor del Palacio, se salia de él y pernoctaba fuera, en alguno de sus privados domicilios donde el funcionario podia desenfadadamente despojarse de sus atavíos oficiales hasta dejar en su persona sólo al hombre. . . Despues, en el tercer año de su Gobierno, la vida íntima de Manuel Gonzalez en el Palacio suscitó graves comentarios. Fué en dicho año cuando mandó construir la nueva habitacion contigua al jardin, y se le vió preferirla á

Tomo II.—12.

las otras dos. La habia hecho amueblar y ornamentar con delicadeza impropia de mansion de trabajo ó de simple reposo. Se hablaba de disimulada puerta afectando pertenecer á un armario, la cual se abria á impulso de oculto resorte y daba paso á un gabinete lujurosamente dispuesto como para alguna cita con las hadas. . . . El pasillo tendido sobre el cuartel, y que comunicaba la habitacion con la puertecilla á la calle de la espalda del edificio fué, por su órden, cubierto con cristales destinados á impedir que los transeuntes del pasillo fuesen vistos del cuartel. Los cristales, empero, no fueron suficientemente opacos para ocultar las idas y venidas que tenian lugar en el pasillo. Los soldados del cuartel creyeron ver cruzar ahí siluetas de mujeres, y como su curiosidad sobreexcitada les indujese á hacer más rigurosas observaciones, acabaron por formular el resultado de ellas en frase epigramática aplicada al pasillo que, desde entonces, fué llamado entre ellos el *Paso de Vénus*. Si Vénus tendria conjunciones con Marte en punto tan lejano de sus respectivas órbitas como lo era la habitacion al extremo del pasillo, fué cosa que no pudieron afirmar los soldados astrónomos del

cuartel frontero á la plaza del Volador. . . . Pero se añadieron bien pronto á éstas, otras observaciones: los vecinos y los transeuntes diurnos y nocturnos de la callejuela á espaldas del Palacio vieron misteriosas tapadas entrar y salir por la puertecilla abierta en esa parte. Hasta allí no habia nada importante, porque una accion dramática en que hay solo tapadas, sin embozados y galanes, carece de interés y movimiento así en la vida real como en la escena. . . . Afortunadamente, un humilde observador, insignificante y apenas visible entre los rosales y arbustos que cultivaba: el jardinero, único habitante del pequeño ex-jardin botánico del *árbol de las manitas*, pudo suministrar á la crónica de aquel tiempo el testimonio de sus ojos de jardinero que habian visto á Manuel Gonzalez atravesar el jardin, ascender por la escalera y entrar en la habitacion á la cual correspondia la puertecilla de la espalda. . . . Pasaban alguno ó algunos cuartos de hora, sin que pudiese percibirse signo ni ruido de lo que pasaba en la habitacion, bastante elevada sobre el jardin. . . . Veces habia en que el jardinero no veia salir á Manuel Gonzalez, á causa de que éste se retiraba por la puertecilla de

CAPILLA ALFONSO
BIBLIOTECA
UNIVERSITARIA

la espalda; pero otras había en que le veía bajar la escalera y regresar á las salas de la presidencia, dándole tiempo para observarle al atravesar el jardín. Pasaba andando negligentemente, la faz enrojecida, húmedos los ojos, las fosas de la nariz ensanchadas como si aun se esforzase por aspirar algún perfume ya ido . . . y el jardinero veía en aquel hombre todas las trazas del embozado de las tapadas, el galán correspondido y satisfecho, el duque de Mantua retirándose de la barraca de la gitana y cantando, al pasar por el puente, la sonata de *la donna é mobile* . . .

Ocrría el año de 83, y cuanto más avanzaba hacia su término, tanto más menudeaban las visitas de Manuel González á la habitación del jardín. . . Mutilado, sexagenario, con la cabeza ya blanquecina, con el cuerpo tan arrugado por el tiempo como por las heridas, y con hijos en plena virilidad, parecía inverosímil que aquel hombre sacase de su viejo y destruido organismo tantas fuerzas para una pasión de juventud. . . . A más de los platillos de lascivia que hacía servir é introducir por la espalda del Palacio, tenía mesa puesta y regularizada en su casa de Peralvillo, en la de la Co-

lonia y aún en alguna de sus haciendas. El vulgo hablaba de una *circasiana* importada expresamente para él y semi-oculta en el harem de Chapingo, suponiendo oriunda de la Circasia á una hermosa dama que paseaba por las galerías de esa hacienda, y la cual procedía simplemente de la capital de Francia. Era ella una gota perdida en el gran estanque de aguas sensuales adonde se había echado á nadar el señor del Palacio. El lenocinio interesado de Celestinas y compadres favorecía ese prolongado baño . . . turco. Se señalaban figuras, prominentes en el sentido político, abyectas en el moral, que ofrecieron á Manuel González como á ídolo insaciable, la carne de amigas y parientas. Niñas en el albor de la vida inconscientes de la vileza de su papel, esposas y viudas dóciles á las sugestiones de la miseria ó de loca ambición, caían en confusión con meras cortesanas ante las aras del sacrificio. . . . Se agitaba el dios-bestia, mascullaba las frías carnes en que el amor no había puesto palpación ninguna, y desechadas luego, arrojadas del libidinoso *teocalli*, iban á servir, como las carnes de las víctimas aztecas, al apetito de los más próximos al ara del dios. . . . Aún faltaba

algo á esa crápula. Hasta allí se habían guardado ciertas templanzas como supremas concesiones al decoro: se procedía, no de frente, sino por la espalda, á favor de puertas de excusa, escaleras secretas, pasillos cubiertos, . . . Llegaba el tiempo en que cendales de honestidad y velos de pudor cayesen desgarrados dejando ver claramente al sátiro en el hombre y el magistrado. Los principios del triste año de 84 dieron la señal. . . . Se vió á las tapadas internarse destapadas en el Palacio, ya no por la espalda, sino por el frente. Subían por la escalera de honor, entraban á las salas presidenciales en calidad de privilegiadas solicitantes de audiencia, y. . . . en el aposento destinado á recogimiento y descanso resonaron y se oyeron exteriormente esas risas nerviosas, esas carcajadas inequívocas en que se exhala el deleite sensual. . . . ¡Oh aposento de casto retiro! ¡Oh lecho de Juárez venerable y glorioso! . . .

“¿Y la vida privada? ¿Y qué derechos se tienen sobre ella? . . . El historiador comprende el valor y la fuerza de esos conceptos hechos. Ellos se apoyan en la distinción más metafísica que

real de *hombre privado* y *hombre público*, distinción que se aplica á una sola personalidad indivisible en la realidad. Pero bien: cuando un hombre sostiene con su conducta esa distinción, cuando en sus liviandades, en sus arrastramientos por las bajas regiones de la materia trata de borrar en cuanto puede lo que hay en su persona de autoridad y de investidura oficial, entónces podrá con plausible empeño pretender sustraerse á la crítica histórica que se detiene de buen grado ante el hogar y ante todo lo que toma sus formas de pudor y discreción. Pero cuando en esas abyecciones ó llámense aventuras y *jaleos*, el funcionario, en vez de velar su autoridad la ostenta y hace de ella un medio para tal fin, cuando para acercarse á la doncella inexperta ó á la avezada cortesana, baja, á vista y conciencia de ellas, de su dorado sitial, porque de otro modo quizá le rechazarían por baldado o por viejo, cuando despliega ante ellas las insignias de su rango y les muestra los títulos de su autoridad cual si fuesen las perlas de collar deslumbrante, cuando les dice: “yo emperador, rey, presidente, soy verdaderamente tal, y en consecuencia tienes que ser dócil y aceptarme,” cuando

hace más, y las lleva hasta el lugar y el edificio mismo donde reside su autoridad y tiene asiento, su poder y les pone allí la alcoba y el lecho como si no quisiese que dudasen un momento de que *el es él*. . . . cuando así procede, ese funcionario no puede pretender para sí esa distinción de *hombre privado* y *hombre público* que él desdeñó establecer para la ejecución de sus actos vergonzosos. Y quitada esa distinción ideal que sirve de razón para imponer silencio á la crítica histórica, queda el hombre entero sujeto á ella. Su vida privada se hace vida de plazuela llevada de boca en boca por Celestinas y mujerzuelas, y Clio, la gran musa, le toma por los cabellos. . . . El historiador tiene sobre él y su vida privada los derechos de Tácito sobre la de los Tiberios y los Claudios. . . . Con ese derecho ha podido definir la situación particular de Manuel Gonzalez frente al estado del país en el curso del año 84 como la de la más desenfrenada orgía frente á la más honda tristeza y postración.

CAPÍTULO VIII.

DEL DELITO AL CRIMEN.

I.

"Recojámonos."

Avanzaba en tanto el triste año, y Manuel Gonzalez y su grupo de adláteres sintiéndose impelidos hácia su fin como al fin mismo de su dominación, se replegaron y concentraron; hubo en ellos ese súbito movimiento de reflexion en virtud del cual el hombre lanzado por determinada vía, parece detenerse un momento, tiende la vista hácia el espacio recorrido y mide luego con ella el que le queda por recorrer. Vieron hácia atrás y sonrieron al espectáculo de la riqueza adquirida. . . . A esa sonrisa retrospectiva hay que referir un